

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO.

El palacio de la Cancillería.—El palacio Farnesio.—San Andrés *della Valle*.—Teatro *Marcello*.—Templo de la Fortuna viril.—Casa, *Cola di Rienzo*.—Santa María *in Cosmediu*.—El Circo máximo.—Las Termas de Caracalla.

NO es solamente por sus iglesias por lo que Roma ha merecido llamarse la primera ciudad del mundo, lo es también por sus palacios, que los tiene magníficos y en número considerable. De muchos hemos dado noticia al lector y no son pocos aquellos que ha visitado en nuestra compañía. No pretenderíamos conducirlo á todos, porque ni nos fué posible penetrar en la mayor parte, ni acabaríamos, si fuésemos describiéndolos. Sabido es que Roma ha tenido en su seno los primeros arquitectos del mundo, y se sabe también que la opulencia romana no ha encontrado rival en ninguna otra nación: dos elementos para que en la gran ciudad se hayan construido soberbios palacios en los que se admira el arte y la grandiosidad. Vamos á introducir al lector, y ya no más, en otros dos que sería censurable los pasáramos en silencio. Hállanse situados en el cuartel de la ciudad que hemos venido recorriendo. Uno se llama de la Cancillería y el otro es el palacio Farnesio.

Nuestro amable Cónsul Angelini, que desempeña un empleo importante en la Cancillería apostólica, quiso que visitáramos la oficina que tiene á su cargo y se halla en el palacio que acabamos de mencionar. La mayor parte de los peregrinos mexicanos habíamos recibido la invitación y nos

encontramos en el edificio á la hora citada. La Cancillería es un edificio de grandes proporciones y grandiosa arquitectura, construido con piedras tomadas del Colosseo y con mármoles del arco de Gordiano. Su aspecto es severo, y basta decir que fué construido por el afamado Bramante, para dar á entender que fueron observadas en su construcción las reglas del arte y del buen gusto. Su gran patio es una obra magnífica, de gran magnificencia y de sorprendente belleza. Elevado á tres pisos, en los dos inferiores hállase circundado por elegantes y soberbios pórticos formados con bellas columnas dóricas de granito que sustentan hermosas bóvedas de muy correctas líneas. La escalera es muy espaciosa y sus tramos bien distribuidos. Amplios salones y cámaras recorrimos, en donde se hallan establecidas las oficinas; habiéndonos detenido en un soberbio salón que es el principal y se halla decorado en la bóveda con excelentes frescos de Jorge Vasari, representando algunos episodios de la vida de Paulo III. En ese salón tuvo la amabilidad de recibirnos un anciano Cardenal con quien fuimos presentados por Angelini. El prelado se dignó acompañarnos á recorrer en mucha parte el edificio y nos obsequió con medallas de cera de *Agnus* que nuestro amigo Angelini distribuyó entre los presentes. Visitamos por último la oficina en donde se guardan los sellos pontificios, los cuales nos fueron mostrados, con especialidad el que sirve para autenticar las bulas en que se confieren los nombramientos de Obispos.

—Con este sello, nos dijo Angelini, han sido autorizadas muchas bulas para Obispos mexicanos.

Después de haber examinado minuciosamente aquel sello todos y cada uno de los peregrinos, nos despedimos del Cónsul y abandonamos el edificio.

En donde puso la mano aquel genio superior que se llamó Miguel Angel, aparecieron grandes monumentos, magníficos cuadros, soberbios edificios. El palacio Farnesio calificado como el más bello y majestuoso de Roma sin exceptuar los del Vaticano, es una obra maestra de arquitectura que fué dirigida por varios distinguidos arquitectos entre otros San-

gallo y la terminó Miguel Angel, de quien es la celebrada cornisa de la fachada principal, que á juicio de los inteligentes no tiene igual en el mundo. La planta del palacio es casi cuadrada, y como no tiene arrimo con ninguna otra casa, ostenta por los cuatro lados sus magníficas fachadas de tres cuerpos. En la que mira á la calle *Giulia*, se abre un vestíbulo con doce columnas de granito que se levantan sobre muy elegantes zócalos. Este vestíbulo conduce á un espléndido patio suntuosamente decorado con tres órdenes arquitectónicos de los más bellos. Los dos primeros se componen de arcadas sostenidas en pilares adornados con medias columnas dóricas en el inferior y jónicas en el superior, las arcadas del piso bajo están abiertas formando un magnífico pórtico cuadrado, las del segundo están cerradas, teniendo en el centro grandes y elegantísimas ventanas adornadas con bellas molduras y frontones de muy buen estilo. El tercer piso está decorado con pilastras corintias entre las cuales se abren también muy hermosas ventanas.

Subiendo al primer piso alto por una soberbia escalera se halla enfrente la puerta del gran salón en el cual se han reunido muchas esculturas antiguas de mérito, procedentes la mayor parte del palacio de los Césares en el Monte Palatino y de las termas de Caracalla. Hay también dos estatuas modernas, la Caridad y la Abundancia, que modeló Guillermo de la Porta para la tumba de Paulo III y no fueron empleadas en dicho monumento por haber sido incrustado en la pared en la Basílica Vaticana. Hermosísimos frescos del Domeniquino, adornan espléndidamente las paredes de esta sala.

En la contigua se hacen notar las pinturas murales ejecutadas por Salviati, Luccari y Vasari: representan asuntos de la historia de Carlos V y Francisco I, y en uno de ellos se ve á Martín Lutero discutiendo con un Cardenal. Hay una magnífica estatua ecuestre de Calígula, que fué encontrada en las termas de Caracalla.

Dejando esta sala se llega á la célebre Galería, cuyos famosos frescos pintados por Aníbal Carracci, son la obra

más bien acabada de este gran artista, y con muy justo título han sido colocadas por los inteligentes en primera categoría entre las obras clásicas de la pintura. No las describiremos; sería imposible: son muchos los asuntos mitológicos que se ven allí representados en once cuadros de diferentes tamaños y en ocho pequeños medallones, unos y otros circundados de arabescos, de figuras académicas y de ornamentos de arquitectura, todo ejecutado con una perfección admirable. De las decoraciones de este género que hemos tenido ocasión de admirar en Roma, solamente los frescos de la Capilla Sixtina y los que adornan las Cámaras de Rafael en el Vaticano, pueden ser comparados con estas bellas pinturas en las que Aníbal, ayudado de su hermano Agustín y del no menos célebre Domeniquino, empleó nueve años de trabajo que, causa dolor decirlo, le fué recompensado por el Cardenal Farnesio, con la miserable suma de 500 escudos romanos. ¡Quirientos mil darían hoy los ingleses ó los franceses, por trasladarlos á sus magníficos museos! ¡Triste condición de los artistas, que no han de ser verdaderamente estimadas sus obras sino después de muertos!

Con esta desagradable impresión salimos del soberbio Palacio Farnesio, del cual ya no vimos más, por no haberse prestado á ello el custodio. Habíamos visto lo bastante para convencernos de que dicho palacio es sin duda el primero de la Ciudad Eterna.

Volviendo á la Plaza Navona, nos encontramos cerca de la iglesia de San Andrés de la Valle, que no podíamos dejar de visitar siquiera ligeramente. Sorprendiéonos su bello exterior, que ostenta una fachada magnífica de travertino adornada con dos clases de columnas de orden corintio y con estatuas de muy buenos autores.

El interior de esta amplia iglesia es de cruz latina de una sola nave con capillas á los lados. Entre estas hay una hermosísima que fué dirigida por Miguel Angel, y decorada según modelos de Rafael. No escasean en las otras capillas las bellas decoraciones y los valiosos objetos de arte; pero la riqueza extraordinaria de San Andrés hállase en las pinturas

clásicas que adornan la cúpula y el ábside del altar mayor. Allí pintó Lanfranc los más bellos grupos que han salido de su pincel: allí el Domeniquino representó á los cuatro Evangelistas, las seis virtudes y algunos rasgos de la vida de San Andrés, con una fuerza y una expresión indescriptibles: allí el celebrado Calabrés hizo ostentación de sus grandes dotes como artista, representando algunos asuntos de la vida del Apóstol. Y no tuvimos tiempo de prolongar nuestra visita á San Andrés de la Valle, porque la iglesia se hallaba llena de gente que asistía á un acto religioso.

Avanzando en dirección á la Vía de la Pescheria tropezamos con los restos del magnífico teatro Marcello, que fué comenzado por César y terminado por Octavio Augusto, quien lo dedicó á Marcello hijo de su hermana Octavia. Rodeado de soberbios pórticos que se cree se elevaban á tres pisos, aunque actualmente sólo dos aparecen, ostenta dobles arcadas de orden dórico y jónico en proporciones tan perfectas que se han tomado por modelos de arquitectura en los expresados órdenes. No queda de estas magníficas arcadas sino la parte que da á la plaza Montanara. Las dimensiones de este teatro eran tales y tan grande su capacidad, que podía contener 30,000 espectadores.

Otra antigüedad muy notable teníamos que ver á una cuadra de distancia del teatro Marcello, el famoso templo de Vesta cerca de Santa María *in Cosmedin*: no desagradará al lector que le traslademos á este lugar y le digamos una palabra acerca del origen y estado actual de tan bello monumento. Un gran pórtico circular de 178 pies de circunferencia, compuesto de 19 columnas corintias acanaladas de mármol blanco, que descansan sobre una plataforma circular de varias gradas, concéntrico al círculo exterior un muro circular también de mármol con bloques perfectamente unidos, forma lo que llaman la Celda ó *Cella*, que tiene de diámetro 28 pies. Las columnas miden de altura 36 pies y 3 de diámetro. Ha desaparecido la cornisa que sustentaban las columnas y la bóveda que cerraba el edificio. Esto es lo que existe del llamado templo de Vesta, que no están conformes los histo-